

*En Busca De
Nuestra
Liberación.*

© 2018 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: junio 2018

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010618-027

En Busca De Nuestra Liberación.

El Evangelio del Señor Jesús se ha convertido en un aspecto religioso aceptado por muchos, y a la vez, rechazado por otro tanto igual. Los que lo aceptan de una manera religiosa no tienen una doctrina sólida y sana, por lo tanto, creen que se trata de un esfuerzo por hacer el bien. Los que lo rechazan, es porque lo han concebido o experimentado como una carga difícil de llevar, de la cual no quieren saber nada.

Los jóvenes son quienes más frecuentemente rechazan el Evangelio, de modo que mejor adoptan el libertinaje que el mundo predica. El mundo induce a la juventud a vivir sin límites, a no tener normas morales de ningún tipo, y mucho menos, principios cristianos que los priven de experimentar las sensaciones de la carne. En los últimos años, esta propuesta del mundo ha sido muy bien aceptada aun en la Iglesia. La tendencia del libertinaje ha venido creciendo a

S

E

M

A

N

A

—

1

—

pasos agigantados, aunque los que viven así no han tomado en cuenta el final de ese camino. Este camino surge como una propuesta del sistema para toda la problemática del ser humano.

Muy pocas personas se dan cuenta que lo que propone el mundo y su sistema, mediante sus prácticas de libertinaje, no son más que un refugio a todos sus conflictos emocionales. El ser humano tiene serios conflictos internos, tales como: frustraciones sin sentido, dolores y amarguras reprimidas, recuerdos convulsivos de todo lo que han vivido a lo largo de la vida, etc. La propuesta del mundo es similar a la experiencia que tuvo nuestro Señor Jesús estando en la cruz del Calvario. Mientras él agonizaba, *“le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de haberlo probado, no quiso beberlo”* (Mateo 27:34). El vino mezclado con hiel era una especie de droga que suprimía en gran parte el dolor, por lo tanto, les daban esta poción a los que estaban muriendo en la cruz. El Señor Jesús no quiso beberlo, precisamente, porque no quiso evadir el dolor de la cruz. Parecido a esto es la propuesta del mundo, es una droga que propone abrir más espacios, y oportunidades en el alma, para que éstas

concluyan en programaciones emocionales en las cuales podamos esconder nuestros conflictos interiores.

La propuesta del mundo jamás traerá bienestar y salud psicológica a nadie. Lo que el sistema del mundo propone es como que alguien que se enfermó del estómago por haber comido pescado arruinado, se quiera curar comiendo más pescado arruinado. ¡Imposible! El ser humano cuando crece se encuentra en tremenda crisis emocional porque desde niño creció mal, por lo tanto, en su adultez está dañado, está herido, ha evolucionado mal, y lo que el mundo le propone es más de lo que lo ha dañado. Satanás le propone al hombre distracciones temporales para que olvide sus conflictos actuales, pero éstas nuevas distracciones sólo le traerán más conflictos, de modo que su estado postrero es peor conforme pasa el tiempo.

Como cristianos no debemos dejarnos enredar de la propuesta de libertinaje del mundo. Hay una incitación mundana a vivir sin freno. Hay frases célebres en el mundo actual, tales como: “*Que no le importe lo que digan los demás*”, “*salga del clóset*”, “*sea libre*”, “*sea usted mismo*”, etc. Tales propuestas del mundo

no proporcionan sanidad al alma, todo lo contrario, con el tiempo sólo la empeoran. Por ejemplo, hay niños que son hiperactivos y rebeldes; los padres llegan a la conclusión que solo viendo televisión pasan quietos, de modo que para que estén quietos todo el día, los dejan ver diez horas de televisión. ¿Se puede dar cuenta el daño que les estará causando a los niños recibir tanta información, y mucha de ella no adecuada para su edad? Ese remedio de los padres de permitirle a los niños ver televisión sin límites, sólo les causa un daño peor.

No podemos pensar que la solución para nuestra alma es vivir sin “tabúes”, como tampoco lo es vivir bajo legalismos. No vamos a volver a los legalismos, ni tampoco dejaremos de vivir en la libertad del Señor, sólo que debemos aprender a diferenciar entre libertad y libertinaje. Vivir en libertad nos hará vivir felices, pero vivir en libertinaje nos traerá muchos problemas.

La naturaleza de los seres humanos fue diseñada para representar a Dios, no para ser esclavos de Satanás. La Biblia dice que cuando Dios hizo al hombre, lo hizo a Su imagen y semejanza, por lo tanto, jamás será feliz revolcándose en el pecado. Déjeme

explicarle esto con el siguiente ejemplo: Hay personas que tratan a sus mascotas como que fueran personas, y eso es un gran error. Por ejemplo, hay razas de perros que se prestan para que sus dueños los cepillen, y les cuiden el pelo como que fuera cabello de mujer, sin embargo, eso estresa a las mascotas. Muchos perros de exhibición tienen que vivir obligatoriamente en lugares alfombrados para que su pelo no se dañe, no pueden salir a dar un paseo a la calle como cualquier otro para que no se ensucien, en fin, son privados de realizar muchas de las actividades normales de los perros, pero siguen siendo perros. Si estos perros pudieran hablar, seguramente les dijeran a sus dueños que aborrecen todo lo que les hacen en el pelo, porque su naturaleza no requiere de esos cuidados. Lo mismo le acontece al hombre, no fue hecho para revolcarse en el pecado, sino fue hecho para contener y representar a Dios.

El mundo podrá decirnos que hagamos lo que queramos, que nos olvidemos de todo lindero moral y espiritual, que experimentemos los deseos de nuestra carne para ser felices, pero al final nos daremos cuenta que tal felicidad nunca vendrá. Los seres humanos estamos hechos a la imagen y

semejanza de Dios, nos parecemos a Él tanto interna, como externamente; y además, tenemos la dicha de tener conciencia, la cual no poseen los animales. No somos una criatura más, somos miembros de la familia de Dios.

Podemos llegar a ser felices, sólo que tengamos en cuenta que una cosa es la felicidad según Dios, y otra cosa es el placer de la carne. El mundo confunde placer con felicidad, no sabe diferenciar entre tener tranquilidad y tener paz, piensan que tener dinero es estar en abundancia, en fin, ellos no conocen a Dios, ni lo que proviene de Él. Podemos vivir como dice el mundo, y tener mucho placer, pero no pensemos que eso es ser felices.

La felicidad es un estado, es una esfera que no necesariamente se desborda en risas, sino es la realidad que Dios quiere que vivamos. El Señor usó una palabra superlativa para referirse a la felicidad que Él quiere que alcancemos, Él quiere que seamos “Bienaventurados”. Ser felices, o bienaventurados en Dios no es privarnos de las cosas del mundo, pues, estamos en el mundo. Tenemos que hacer muchas de las cosas que hace el mundo, porque al fin de

cuentas la felicidad en Dios tampoco viene por dejar de hacer ciertas cosas, sino que somos bienaventurados cuando buscamos adecuadamente a Dios.

S

E

M

A

N

A

—

2

—

El mundo dice: “Haz lo que quieras con tal de ser feliz...”. En esta ocasión quiero compartirles tres cosas que obviamente van a chocar con esta doctrina del mundo, pero nos ayudarán a encontrar una verdadera liberación. Estas tres cosas son:

1. **Permanecer En La Palabra**
2. **La Consagración**
3. **El Servicio A Dios Y Al Prójimo.**

Si creemos y tenemos estas tres cosas como la práctica de nuestro Evangelio, más temprano que tarde vamos a experimentar la felicidad que sólo Dios puede darnos. Estas tres cosas son básicamente el resumen del Evangelio que nos presentó el Señor Jesús. Hablaremos a continuación de cada uno de estos puntos.

1. **Permanecer En La Palabra**

Juan 8:34 “Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. v:35 Y el esclavo no

queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. v:36 Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. v:37 Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. v:38 Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre. v:39 Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. v:40 Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham. v:41 Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. v:42 Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. v:43 ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. v:44 Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay

verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. v:45 Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis. v:46 ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? v:47 El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios”.

En este pasaje vemos que el Señor les dijo palabras muy “duras” a los que le escuchaban, pues, los llamó “hijos del diablo”, y además les declaró que ellos tenían la intención de matarlo. Antes de estos versos, el pasaje dice que muchos habían creído en lo que Él les decía, por lo tanto, el público al cual el Señor les dijo “hijos del diablo” era la gente que había creído en Él.

La mayoría de nosotros no tenemos ignorancia de quien es el Señor Jesús, y es más, a estas alturas casi nadie duda que el Señor Jesús es el Salvador de la humanidad. El problema en este tiempo no es la ignorancia de quien es Jesucristo, pues, el Evangelio se ha extendido en todos los niveles sociales, y culturales. El conflicto que hoy enfrentamos es lo que nosotros entendemos por Evangelio, pues, nos dijeron

que Jesús es la solución para todos nuestros problemas, en especial los que llevamos internamente. Hemos sido bombardeados con un mensaje que nos ha prometido que al venir a Jesús tendremos paz en todos los ámbitos de nuestra vida; a unos les prometieron una restauración matrimonial, a otros les prometieron ser libres de sus vicios, a otros les dijeron que solventarían sus problemas económicos, en fin, hay muchas ofertas planteadas con tan solo “creer” en Jesús.

Hoy en día hay muchos creyentes que a pesar de que creen en Jesús, se encuentran en una gran crisis de fe. La razón es que ellos no ven cumplidas las expectativas de lo que les ofrecieron al creer en Jesús. Hay cosas que el Señor nos prometió si creíamos en Él, por ejemplo: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28). En otras ocasiones el Señor también se presentó como el agua viva, y como el pan del cielo que saciaría nuestra alma. Esto debería ser para nosotros experiencia de vida. Ahora bien, la gran mayoría de creyentes vive en carencia, no ve efectiva la victoria de Cristo en su diario vivir.

Yo quiero confrontar esta problemática silenciosa que experimentamos los que creemos en Jesús. Muchos de nosotros no sólo creemos en el Señor, sino que le servimos, nos congregamos, pero interiormente vivimos el conflicto de no poseer en experiencia lo que quizás hasta predicamos. Algunos quizás han llegado al punto de dudar si realmente Cristo es Paz, porque de manera personal no es su experiencia; otros dudan si Cristo es la Vida Eterna, porque lo que ellos experimentan interiormente es muerte espiritual. ¡Qué crisis más severa!

La Biblia dice en Juan 3:16 *"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna"*. Hay una promesa de parte de Dios para todos los que creemos en Jesús, y es que no nos perderemos eternamente, sino que viviremos con Él para toda la eternidad. Los creyentes no debemos tener ninguna duda de nuestra eternidad, porque aunque seamos salvos como por fuego, un día hemos de resucitar para vivir eternamente con Él.

Ahora bien, debemos tener claro lo que Dios nos propone en el Evangelio, pues, una cosa

es lo que Él nos ofrece para la eternidad, y otra cosa es lo que Él nos ofrece para esta vida. Si lo que queremos es vivir eternamente, y no ser condenados con los incrédulos, no debemos hacer nada más que creer en Jesús; pero si queremos vivir a Dios en esta era, debemos hacer algo más que sólo creer. No nos frustramos con Dios, Él no puede mentir, lo que Él nos ha prometido lo va a cumplir; lo que sucede es que nosotros queremos que Dios haga lo que Él no se ha comprometido a hacer.

Debemos saber qué instrucciones nos da Dios a los que hemos creído en Él. En el pasaje que leímos al inicio, vemos que el Señor predicó, y muchos creyeron en Él; el punto es que después el Señor les predicó otras cosas a los que habían creído en Él. Esta es la diferencia que muchos no logran ver, porque una cosa es el mensaje que Dios nos envía para que creamos en Su Hijo, y otro mensaje es el que Él nos envía cuando ya hemos creído en Él.

Crear en Cristo nos da efectos positivos para la eternidad, pero también nos da cambios de bien para esta vida, sólo que hay que saber cómo obtener ambos. El Señor Jesús le dijo a los que habían creído en él: *“Si vosotros*

permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". El Señor no les dijo a aquellas personas que serían libres sólo por creer en Él; y tampoco es lo que nos dice a nosotros. Si a nosotros nos enseñaron que íbamos a ser libres sólo por creer en Jesús, pues, nos enseñaron mal. Lo primero que el Señor dijo fue: Si permanecen en mi palabra, llegarán a ser mis discípulos, es decir, tendrán los frutos de ser como "Yo" soy. Luego les dijo que "conocerían la Verdad", pero Él no se estaba refiriendo a conocer "verdades", "doctrinas", o "diferentes enseñanzas de la Biblia", sino que iban a conocer la "Verdad" que es Él mismo. El Señor Jesús dijo: "*Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida*"; la Verdad es Él, por lo tanto, si nos hacemos Sus discípulos, y si permanecemos en Su palabra, lo conoceremos a Él.

La Escritura nos está diciendo entonces, que hay algo más que hacer, que no sólo debemos creer. Si yo creo en el Señor Jesús, pero sigo viviendo exactamente igual que antes de creer en Él, sin volverme un discípulo, y sin exponerme a la palabra, no veré ningún efecto de transformación en mi vida. No es que Dios no sea poderoso, al contrario, Él es

todo Poder, Él es capaz de sostenernos, Él puede ser para nosotros paz, gozo, victoria, y cualquier otra virtud divina, al punto que no necesitemos nada más. Cristo prometió ser en el hombre una fuente de agua que salta para Vida Eterna, pero esto será una experiencia de vida sólo en aquellos que “permanezcan en Su palabra”.

¿Cómo “permanecemos en la Palabra? Prestándole atención al Señor. Nadie se puede convertir en un discípulo si no está dispuesto a considerar a alguien como su maestro, y además, lo escucha. El Señor no quiere que sólo creamos en Él, sino que nos presentemos ante Él y que le prestemos atención. Hay una condicionante para ser libres, ésta es que nos exponamos ante Él. Hoy en día los predicadores evangélicos ofrecen muchas cosas atractivas como “evangelio”, pero han dejado de ofrecer lo más virtuoso en Dios: “La Palabra”. Las palabras de despedida que el apóstol Pablo les dijo a los hermanos de Éfeso fueron las siguientes: *“Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados”* (Hechos 20:32). Si algo es poderoso para transformar nuestro ser

interior es la bendita Palabra del Señor; si nos exponemos a ella nos convertiremos en discípulos del Señor, es decir, en personas parecidas a Jesús.

Nadie terminará siendo como el Señor si no lo escucha, si no se conmueve ante Su Palabra. Dios en Su gran bondad se ocupó de dejarnos las Sagradas Escrituras para que por medio de ella nos exponamos ante Su Presencia. El mismo Señor Jesús en el momento de la tentación en el desierto le respondió a Satanás: *“Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”*(Mateo 4:4). ¡Oh, cuán importante es permanecer en la palabra del Señor!

Para ser salvo no necesitamos permanecer en la palabra de Dios, basta con creer. Muchos serán salvos de la condenación eterna, y vivirán eternamente sólo por haber creído. Hay muchas personas que aceptan al Señor en algún momento de su vida, pero no viven en santidad, no se congregan, no hacen buenas obras, no se consagran, en fin, sólo creen en Jesús. Con toda seguridad puedo decirle que esas personas serán salvas eternamente, porque la salvación no es por “obras”, sino es por gracia. Si alguien quiere

el beneficio de la eternidad, basta con creer; ahora bien, si alguien quiere vivir en este tiempo bajo el impacto de la Vida divina, en libertad, en el fluir de la gracia, pareciéndose cada día a Cristo, pues, debe exponerse a la palabra.

Todo aquel que se expone a la Palabra día tras día, tarde o temprano va a ver cambios en su vida. Un encuentro con la Palabra de Dios traerá cambios en nuestro interior, va a liberarnos, va a darnos esa paz que sobrepasa todo entendimiento. Tal calidad de vida no se obtiene sólo por creer en Jesús como el Salvador, si no se obtiene a medida que nos exponemos ante el Señor.

Hubo algo que hizo posible que el Evangelio se expandiera por medio de hombres incultos como fueron los apóstoles del Señor. Al menos diez de ellos fueron totalmente analfabetas, sin embargo, fueron capaces de transmitir la esencia del Evangelio. Los apóstoles fueron eficaces para impartir el Evangelio porque no predicaron un mensaje, ellos predicaron al Autor de la fe. El apóstol Juan dijo: *“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos*

tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos..." (1 Juan 1:1-3). Lo impresionante del ministerio de los apóstoles no fueron los milagros que hicieron, sino la experiencia de Vida que tuvieron con el Señor. Los apóstoles sí hicieron milagros pero éstos jamás fueron el énfasis de sus ministerios; tampoco le dieron un gran énfasis a las doctrinas, sino que centralizaron su mensaje en compartir su experiencia con Cristo.

Hermanos, si regresamos al mensaje de los apóstoles, seguramente nos encaminaremos a la liberación de nuestras vidas. El Evangelio de Jesucristo no es un movimiento como el de Alcohólicos Anónimos. Hagámonos las siguientes preguntas: *¿Puede el Evangelio quitarle a alguien el vicio del alcoholismo?* Seguramente que sí, Dios es poderoso para romper estos malos hábitos en el hombre. Ahora bien, *¿Puede el movimiento de Alcohólicos Anónimos quitarle el vicio del alcohol a los hombres?* Por supuesto que sí, miles de personas han ingresado a este movimiento y han dejado ese vicio. *¿Cuál es entonces la*

diferencia entre el Evangelio y el movimiento de Alcohólicos Anónimos? El efecto lo logran ambos, pero la diferencia es que los alcohólicos lo logran dominando la mente, y motivando la fuerza de voluntad de la persona alcohólica; mientras que en el Evangelio, esa atadura puede ser rota por medio de la amistad, y la comunión con el Señor Jesucristo. La Iglesia no es un centro de rehabilitación de gente viciosa, la Iglesia es el lugar que Dios diseñó para cobijar a todos aquellos que están perdidos, atados, enfermos y mal heridos, pero si se disponen a tener comunión íntima con Dios, pueden ser sanados y liberados. Cuando conocemos a Dios, y nos dedicamos a permanecer en Su Palabra, verdaderamente somos libres.

El Evangelio a la manera evangélica es una gran carga, todo se hace por un compromiso ante “el qué dirán”, por esa razón muchos ya no quieren saber nada de Dios. Este Evangelio que yo le estoy predicando no consiste en cargas pesadas, sino al contrario, es lo que el Señor dijo: “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*”. Si el Evangelio para nosotros no es un descanso, es porque no hemos conocido el verdadero Evangelio. No cometa el error de querer arreglar su vida antes de venir al

Señor, al contrario, acérquese a Dios tal y como está, con todos sus problemas, y descanse en Él. No procure seguir llevando sus cargas usted sólo, eso solo lo volverá un hipócrita, lo hará vivir de apariencias, en vez de eso, acérquese al Señor, expóngase a la Palabra, y poco a poco será libre. Reconozcamos entonces, que la clave del Evangelio es atender la Palabra.

Sólo déjeme decirle algo más, esa palabra necesita un ingrediente: “que ella nos conduzca a la persona de Jesús”. Si la palabra ante la cual se expone no lo lleva a Cristo, usted estará oyendo historias bíblicas, doctrinas, estudios, etc. pero no causará el efecto de Vida que trae el Evangelio. Por muchos años yo estuve ante catedráticos de la Biblia, gente muy versada en hebreo, griego, y otras cosas afines, sin embargo, nunca me impartieron a Cristo. No confundamos el Evangelio con una buena prédica, o con un estudio bíblico interesante, porque el verdadero Evangelio es el que nos abre una puerta para encontrarnos con la persona de Jesús.

No aceptemos por Evangelio un credo, o una religión, porque aunque estas cosas parecen buenas, su fin es muerte. El Evangelio es

Cristo, pero Cristo no es una religión. El Señor les dijo en una ocasión a los fariseos: *“Escudriñáis las Escrituras, porque os parece que en ellas tenéis vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí. ¡Y no queréis venir a mí para tener vida!”* (Juan 5:39-40). El verdadero Evangelio nos debe llevar a un encuentro con el Señor, aún leer la Biblia no debe ser el fin, sino solo un medio para llegar a Cristo. No nos conformemos con creer en Jesús como nuestro Salvador, sino también aceptémoslo como el compañero de nuestra vida. No sigamos creyendo que el Evangelio es un cúmulo de doctrinas, las cuales muchas veces ni entendemos con claridad, más bien simplifiquémoslo a saber que el Señor desea estar y vivir con nosotros todo el tiempo de nuestra vida. ¡Amén!

2. La Consagración:

S

Muchos sienten temor cuando piensan en la consagración, con sólo escuchar esta palabra ya sienten escalofríos. El concepto que la mayoría tienen de consagrarse es “dejar de hacer”, es “ya no hacer las cosas que les causan tanto placer”, y es por eso que la mayoría de cristianos son renuentes a consagrarse. Hay quienes han pensado en la consagración solo cuando se han ido a dar un duro golpe en la vida, entonces, vienen llorando, y prometiéndole a Dios que se consagrarán totalmente a Él. Por supuesto, esta disposición a consagrarse generalmente dura muy poco.

E

M

A

N

A

—

3

—

La consagración ha desaparecido del vocabulario cristiano, pero es medicina para el alma. Generalmente la medicina es fea, tiene mal sabor, pero es la única manera que tenemos para sanarnos. Tal vez algunos consideren que consagrarse es como esas medicinas amargas y difíciles de

tragar, pero si lo hacemos por el Espíritu que nos ha sido dado, seremos realmente libres. Si no nos consagramos, jamás podremos agradar a Dios, y por consiguiente, jamás estaremos plenos en nuestra vida. El creyente que no se consagra estará destinado a vivir de manera efímera y pasajera, porque dijo el proverbista Salomón: *“Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad”* (Eclesiastés 1:2). Muchos se casan creyendo que su pareja los va a hacer felices, pero no es cierto, ningún ser humano nos puede dar plenitud de vida; sólo ajustándonos al Evangelio podremos ser realmente felices.

Dice Romanos 6:21 *“¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. v:22 Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. v:23 Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”*. El apóstol Pablo está aseverándonos que nada bueno sacamos del pecado, que el único fruto que deja es muerte espiritual. No hay otro

camino más seguro que la consagración si queremos vivir felices.

La Biblia nos narra la historia de Jefté, uno de los caudillos que tuvo Israel, el cual salió a la guerra e hizo voto a Jehová, diciendo: *“Si entregares a los amonitas en mis manos, cualquiera que saliere de las puertas de mi casa a recibirme, cuando regrese victorioso de los amonitas, será de Jehová, y lo ofreceré en holocausto”*. Sucedió que Jefté regresó victorioso ante sus enemigos, y su hija salió a recibirle con panderos y danzas, y ella era sola, su hija única; no tenía fuera de ella hijo ni hija. Cuando él la vio, rompió sus vestidos, diciendo: *¡Ay, hija mía! en verdad me has abatido, y tú misma has venido a ser causa de mi dolor; porque le he dado palabra a Jehová, y no podré retractarme. Ella entonces le respondió: Padre mío, si le has dado palabra a Jehová, haz de mí conforme a lo que prometiste, ya que Jehová ha hecho venganza en tus enemigos los hijos de Amón. Y volvió a decir a su padre: Concédeme esto: déjame por dos meses que vaya y descienda por los montes, y llore mi virginidad, yo y mis compañeras. El entonces dijo: Ve. Y la dejó por dos meses. Y ella fue con sus compañeras, y*

lloró su virginidad por los montes. Pasados los dos meses volvió a su padre, quien hizo de ella conforme al voto que había hecho. Y ella nunca conoció varón” (Jueces II:30–40). La consagración a Dios es dolorosa para la carne, pero produce en nosotros Vida de Dios. No pensemos a corto plazo, no pensemos en el placer que dejamos de obtener al no practicar el pecado, más bien, démonos cuenta que la “paga del pecado es muerte”. Dios quiere que nos consagremos para que seamos partícipes de Su santidad.

El pecado es una práctica viciosa de nuestra carne, pero además, es un refugio de nuestros conflictos emocionales. La vida licenciosa y contraria a la santidad de Dios es el resultado de satisfacer las demandas de la carne, sólo que se llega a un punto en el que se vuelve un vicio difícil de dejar. El pecado comienza siendo placentero y deleitoso, pero con el tiempo nos damos cuenta que su fin es muerte. Tarde o temprano, el pecado pasa las facturas, y llega el punto en el que ya no es placentero, sin embargo, ya no podemos escapar de sus amarras.

El pecado no es sólo el vicio de la carne, sino también es un refugio emocional de nuestro

interior. El pecado nos brinda un refugio ante las experiencias adversas que hemos vivido en el transcurso de nuestro desarrollo psicológico. El pecado ciertamente son los actos que nos hacen sucumbir ante la tentación, pero también son la vía de escape ante nuestros traumas interiores. Para que nosotros podamos ser felices, entonces, no debemos practicar el pecado. ¿Por qué nos cuesta tanto abandonar el pecado y consagrarnos a Dios? En primer lugar, porque en nuestra carne no podemos; pero en segundo lugar es porque al dejar el pecado, también dejamos el refugio emocional en el que nos hemos atrincherado por años. No debemos atacar el problema del pecado sólo queriendo eliminar las malas obras; eso es como cortarle los frutos a un árbol, pero al tiempo volverán a salir más; lo que debemos hacer es cortar el árbol de raíz. Con los años, el pecado se vuelve nuestra zona de confort, nuestra fortaleza, por lo tanto, es difícil dejarlo. El pecado es como una máscara que esconde nuestra verdadera personalidad, y nos acostumbramos a estar detrás de ella porque sentimos que oculta las tristezas y derrotas que hemos llevado a lo largo de la vida.

Nuestra vida no sólo está configurada mentalmente, mucho de lo que somos es el cúmulo de experiencias que quedaron registradas a nivel emocional, por lo tanto, a veces ni sabemos porqué reaccionamos de “x” o “y” manera. En este aspecto nosotros somos como los perritos, ellos son instintivos, y van adecuando su manera de ser a los estímulos que reciben. En una ocasión recuerdo que fui a visitar a un hermano, y cuando me fui a lavar las manos, me di cuenta que debajo de la pila había un perro. Yo le pregunté al hermano por qué el perro se escondía allí, y él me contestó que al animalito le gustaba estar debajo de la pila. Más tarde la esposa contó que el esposo pateó muchas veces al perro, pero éste descubrió que en ese lugar no le pegaba, así que sólo allí pasaba. En este aspecto emocional nosotros somos iguales; los golpes de la vida nos hacen escondernos en el pecado. Muchas veces los traumas los causan las personas más cercanas a nuestro alrededor, a veces los mismos padres pisotean la personalidad de los hijos; en otros casos, los tíos o los primos causan abusos de toda índole, aun hasta abusos sexuales. No debemos indagar qué cosas nos acontecieron en nuestra niñez porque eso no nos traerá sanidad, pero sí debemos

reconocer que muchos de los pecados que practicamos son los refugios de nuestra alma herida.

Los pecados comienzan siendo un refugio del alma, pero la constante práctica los convierte en vicios. Por ejemplo, algunas personas empiezan fumándose uno o dos cigarros, porque buscan ser parte de un grupo de amigos, pero más tarde el cigarro se convierte en el vicio de la marihuana. Otros empiezan a tomar bebidas alcohólicas porque desean sentirse mayores, y años más tarde se convierten en borrachos. Lo que comienza siendo un refugio, con el pasar del tiempo se convierte en causa de vergüenza, porque la paga del pecado es muerte. Sólo el Señor puede libertarnos de esos refugios del alma, sólo Él puede hacernos libres de esos pecados.

Vivir libres del pecado responde a la naturaleza divina. Ahora bien, el Señor no nos pide que renunciemos al pecado sólo porque a Él no le agrada, sino porque sabe cuánto nos beneficia a nosotros vivir libres de éste. Dios quiere que no vivamos en el pecado porque desea nuestra felicidad, Su intención es que seamos bienaventurados. No le creamos al mundo ni a su doctrina del

placer, creámosle a Dios, sólo Él puede hacernos realmente felices. El que se consagra a Dios, y por ende empieza a ser libre del pecado, va a experimentar en su interior el fluir de la Vida divina.

Nadie es feliz teniendo conflictos interiores, es por eso que Dios quiere liberarnos de nuestros refugios en el pecado. El sistema del mundo ha engañado a la humanidad, le ha hecho creer que son tan instintivos como los animales, y que por eso deben hacer lo que les plazca. Pero nosotros no somos animales, tenemos una vida interior, una conciencia, un ser pensante, podemos elegir entre el bien y el mal, somos seres espirituales con capacidad de contactar a Dios.

Démosle espacio al Señor para que Él rompa los yugos del alma que nos amarran al pecado. En el fondo todos sabemos que el pecado no nos da ninguna felicidad. Hasta el día de hoy lo que prevalece es la premisa divina que nos dice: *“son felices los que se apartan del pecado”*. Vivir consagrados a Dios nos producirá la mejor Vida que podamos imaginar.

3. En cuanto a servir a Dios y a los hombres.

S

E

M

A

N

A

—

4

—

Nadie puede experimentar a plenitud el Evangelio si no dedica su vida a servir a Dios y a los hombres. En una ocasión le preguntaron al Señor Jesús: *“Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Mateo 22:36-39). ¿Por qué vemos a lo largo de todo el Nuevo Testamento una insistencia de que amemos y sirvamos a Dios y a nuestro prójimo? Porque la sabiduría divina quiere que seamos libres de nuestro “yo”.

Al leer exhaustivamente el Nuevo Testamento nos damos cuenta que cada parte del mismo nos insiste a amar a Dios y al prójimo. El Evangelio no fue hecho para alcanzar un beneficio personal, es más, en los

Evangelios y los demás escritos de los apóstoles nos damos cuenta que no hay lugar para nosotros; la invitación es a menguar a nuestro “yo”. La doctrina de los apóstoles nos invita a predicar, a soportarnos los unos a los otros, a estar en comunión con Dios, a dar de nuestras finanzas, en fin, todo tiene que ver con descentralizarnos de nosotros mismos. Dice 2 Corintios 5:15 *“y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”*. El planteamiento práctico del Evangelio es que ya no vivamos para nosotros mismos, que no sigamos siendo egocéntricos. El Señor pudiera prescindir de nosotros para dar a conocer Su Reino en el mundo, pero Él quiere que todos participemos, que todos nos involucremos en Su Reino, con el fin de que no estemos centralizados en nosotros mismos.

El servicio a Dios y al prójimo nos llevará a ser personas libres y felices. Entre menos pensemos en nosotros mismos más felices seremos. Si Dios nos está abundando en las finanzas, pensemos en dar para Su Reino; Si Dios nos permite casarnos, entreguémosle el matrimonio al Señor; Si Dios nos permite tener hijos, consagrémoslos para Dios; Si tenemos tiempo, pongámoslo a disposición

del Señor porque nuestra vida le pertenece a Él; no nos adueñemos de nada, todo es de Él y para Él. Cuando vivimos de manera práctica descentralizados de nosotros mismos, empezamos a vivir sin precedentes.

El “yo” se alimenta constantemente del individualismo. Como seres caídos le prestamos atención sólo a nuestras necesidades y deseos personales. De manera normal los seres humanos hacemos lo que queremos, lo que nos conviene, lo que nos hace sentir bien. Si alguien quiere ir a la playa, invita a sus amigos no con el fin de que ellos se sientan bien, sino porque él no quiere sentirse sólo. El sistema del mundo está diseñado por el diablo para que procuremos el individualismo, todo lo contrario al Reino de Dios. El Señor Jesús es todo-inclusivo, es corporativo, no tiene espacios para el individualismo.

Desde el momento en que aceptamos al Señor Jesucristo como nuestro Salvador, nos hacemos parte de Su Cuerpo, por lo tanto, tenemos que aprender a soportar a los demás miembros que lo conforman. Dice el apóstol Pablo en 1 Corintios 12:18 *“Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso. v:19 Porque si*

todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? v:20 Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. v:21 Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. v:22 Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; v:23 y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. v:24 Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, v:25 para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. v:26 De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. v:27 Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”. Somos parte de un Cuerpo, por lo tanto, no podemos ser individualistas. Conocer a Cristo es conocer a Su Cuerpo que es la Iglesia; en esta esfera no caben los egocéntricos, sólo caben aquellos que ya no viven para sí mismos,

aquellos que viven para Dios y que se dan por sus hermanos.

El apóstol Pablo tuvo esta revelación del Cuerpo de Cristo desde el momento de su conversión. Cuando él era Saulo, amenazaba y le daba muerte a los discípulos del Señor, pero un día yendo por el camino, al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: *“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”* El dijo: *¿Quién eres, Señor?* Y le dijo: *“Yo soy Jesús, a quien tú persigues”*, Note que el Jesús que se le presentó a Pablo fue el “Jesús-Iglesia”. Qué lecciones las que le dio el Señor a Saulo, porque además, al levantarse de tierra no veía a nadie; así que, lo metieron en Damasco donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió. Y para terminar de enseñarle lo que es el Jesús-Iglesia, mandó a orar por él no a uno de los doce apóstoles, sino a un discípulo, a un tal Ananías, un hermanito temeroso que no quería ir a orar por él. Tremendas lecciones las que le dio el Señor al apóstol Pablo desde el momento de su conversión. Desde aquel momento Pablo ya no vivió para sí mismo, vino a ser solo un hermano entre muchos.

Hermanos, el que entra a las filas del Evangelio y pretende ser exclusivo, se va frustrar. No podemos pretender que la Iglesia gire alrededor nuestro, no hay factor alguno que permita que alguien sea más especial que los demás. En la Iglesia sólo existe lugar para el Señor. Si tenemos el don de predicar, prediquemos, demos de gracia lo que de gracia hemos recibido. Los dones no son para vanagloriarnos, son para servir a Dios y a los hermanos.

En la medida que aprendamos a darnos por los demás, en esa medida seremos más felices. El apóstol Pablo dijo en una ocasión: *“En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir”* (Hechos 20:34–35). Si aprendemos a darnos para Dios y para nuestros hermanos, seremos libres de nosotros mismos, y eso nos encaminará a una verdadera felicidad.

La razón por la que Dios nos invita a practicar las tres cosas mencionadas anteriormente es para que encontremos una verdadera liberación. Dios no nos pide que dejemos de pecar por un gusto de Sí mismo, sino porque quiere que seamos libres y que

ya no seamos esclavos de Satanás. No nos dejemos arrastrar por la corriente de este mundo, creámosle al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Apeguémonos a estas prácticas vivientes del Evangelio. ¡Amén!